

CERVANTES

REVISTA LITERARIA

ECO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

DIRECTOR:—DON JOSÉ M.^a CASENAVE.

REDACTORES

D. ENRIQUE GARCIA MORENO.

D. EDUARDO MALVAR.

D. ENRIQUE OLAIZ.

D. MANUEL TELLO AMONDAREYN.

ADMINISTRADOR.—D. TEODORO SANCHIZ

COLABORADORES

Ahumada, (D. M. Enrique).
Alvarez Espino, (D. Romualdo).
Alvarez Seréix, (D. Rafael).
Aranda y San Juan, (D. Manuel).
Asensio, (D. José María).
Ayala, (D. Adelardo Lopez de).
Balaguer, (D. Victor).
Borao, (D. Gerónimo).
Burell, (D. Julio).
Casenave, (D. Federico).
Castro, (D. Adolfo de).
Cervera Bachiller, (D. Juan).
Cuevas, (D. M).
Diaz Benzo, (D. Antonio).

Ferrer, (D. Joaquin).
Fernandez de Castr, (D. José).
Fernandez Grilo, (D. Antonio).
Fuentes Mallafre, (D. Eduardo).
Gil, (Don Constantino).
Giner, (D. José Luis).
Gonzalez de Atauri, (D. Ascension).
Gonzalez Novellas (D. Julian).
Grasi, (D. Angela).
Guerra, (D. Lucas).
Hartzenbusch, (D. Juan Eugenio).
Llombart, (D. Constantino).
Mas y Prat, (D. Benito).
Moreno Lopez, (D. Jacobo).

Palacio, (D. Manuel).
Pastor Aicart, (D. Juan B).
Peñaranda, (D. Carlos).
Perez Echevarria, (D. Francisco).
Pereira, (D. Aureliano J.).
Pina, (D. Santos).
Prieto del Castillo (D. Migue!l).
Rebolledo, (D. Manuel).
Retes, (D. José Luis de).
Sachez del Arco, (D. Domingo).
Sobrado, (D. Eduardo de).
Torres, (D. Baltasar).
Torrijos, (D. Antonio).
Velilla, (D. José).

SUMARIO.

Miguel de Cervantes Saavedra y dos inquisidores generales, por D. Adolfo de Castro.—*La profecía*, cuento, por D. Eduardo Fuentes Mallafre.—*Carta de D. Quijote*.—*De Madrid á Jerusalem*, Album de un viaje, por D. Eduardo Malvar.—*Dos traiciones*, por D. Julio Monreal.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Y DOS INQUISIDORES GENERALES

(Conclusion.)

Como se ve claramente, la acusacion de Cervantes se dirigió efectivamente contra Aliaga.

He visto que algunos escritores han hecho notar que el apodo de *Sancho Panza* no pudo ser puesto á Aliaga por sus contemporáneos en

razon de no tener la figura semejante al escudero de D. Quijote, pues era de elevada estatura.

Seguramente ese apodo de *Panza* tuvo origen en la glotoneria de fray Luis de Aliaga, hombre dado á los placeres. Véase lo que la citada representación inédita dice de él en este punto: «Mostró tambien sus venganzas en muchos que persiguió, su descortesía hasta con personas graves, su *crápula y vicio* en el comer abundantísimamente.»

¿Hay alguna prueba innegable de que fray Luis de Aliaga tuviese en estima á Cervantes y en mucho su memoria? Ninguna.

Existe en efecto otra enteramente contraria, si no hay error en ello.

Si el inquisidor general Sandoval y Rojas profesaba gran cariño y tenia gran estimacion á Miguel de Cervantes, fray Luis de Aliaga, consejero que fué de la Suprema y luego inquisidor general, no vaciló en que aquel nombre ilustre apareciese en el *Indice expurgatorio*, publicado en 1619 y cabalmente por el libro del *Quijote*, y no en la primera, sino en la segun-

da parte, donde se encuentran las alusiones referidas. (1)

El libro se examinó después de muerto Cervantes, no hay que dudarlo; quizás se recomendó á los calificadores que pusiesen cuidado sumo; tal vez Aliaga se dirigió en busca de sujetos á quienes se indicase la conveniencia de declarar que el *Quijote* merecía contarse entre los libros prohibidos. Su inscripcion en los índices expurgatorios en esta forma hubiera sido la verdadera victoria de Aliaga contra su adversario.

Pero si tal intentó no pudo conseguirlo de la rectitud, imparcialidad y de la sana conciencia de los que examinaron el *Quijote*. Solo hallaron esto: *Y advierte, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen ni valen nada*. Se mandó borrar esas palabras exageradas que ciertamente no tienen sentido conforme con la doctrina de la iglesia.

Desde el índice expurgatorio de 1619, en todos ménos en el del cardenal Zapata, consta la prevencion de que esas palabras deben borrarse. En las ediciones posteriores del *Quijote* fueron suprimidas.

Es lo único que fray Luis de Aliaga pudo hacer como inquisidor general contra el libro de su adversario Miguel de Cervantes Saavedra caso que esta observacion tenga indudable origen.

Presumió el imposible de vencerlo como escritor: no se convenció de que contra Cervantes siempre era desventuradísima la fecundidad de sus invenciones. No tuvo medios con todo su poderío, ni quien le acompañase en el deseo de condenar á una prohibicion el libro del *Quijote*.

Tal fué el proceder de dos inquisidores generales con Cervantes y su obra inmortal; el uno engrandeciéndose con honrar al talento y con tenderle el manto de la proteccion y de la caridad; el otro intentando con sinrazones é injusticia competir vanamente con él y vencerlo por el camino de los insultos y de la arrogancia, y después vengativamente entregar su libro al olvido por medio de una prohibicion religiosa.

Y casó el más extraño de todos. No hay autor que haya continuado la obra de otro que no haya sido en demostracion de su gran estima, entusiasmo y hasta afectuoso respeto. Quién se

(1) No conozco este índice de 1619. Hago la cita con referencia á D. Buenaventura Carlos Aribau en su vida de Cervantes. Bajo este testimonio escribo las observaciones que van en esta parte del texto. Todos los demás índices expurgatorios están examinados por mí.

dedica á proseguir y terminar un trabajo de fantasía ajeno, ¿no es porque lo admira y porque al propio tiempo aprecia en mucho el ingenio felicísimo del autor primero?

Fray Luis de Aliaga insulta á Cervantes por el *Quijote* y prosigue la idea de este y procura imitarlo, hablando mal del novelista y del libro que continúa.

Esto solo podía caber en un alma que viviese de asiento en la iniquidad, como de fray Luis de Aliaga escriben sus contemporáneos.

El origen de atribuirse á Aliaga el *Quijote* de Avellaneda no se conoce tan bien cual debería ser.

En el comentario de Pellicer se encuentra la primera idea de esta noticia; más hasta un determinado punto incierta, si bien acercándose á la verdad.

Creyó Pellicer, y con razon, que el fingido Avellaneda era fraile dominico, pero lo tuvo por protegido de fray Luis de Aliaga, publicando al amparo del valimiento de este su libro.

Un anticuario gaditano dos ó tres veces me dijo hablando del *Quijote* tordesillesco y siendo yo muy jóven:—¿por qué no pudo ser Aliaga el censor?

Hasta aquí lo que se sabía.

Ni Arrieta ni Clemencin, ni nadie había publicado esta remota sospecha.

Y aunque se asegura y poreruditos á quienes respeto y quiero y en mucho estimo que era noticia vulgar entre los literatos que Aliaga escribió el *Quijote* contra Cervantes, solo existía la de Pellicer: esto es la de que Aliaga era el falso Avellaneda y nada más.

Cuando leí por vez primera en el libro de las poesías de Villamediana que existía en Cádiz en la famosa biblioteca del Sr. D. Joaquín Rubio y de ella saqué y publiqué muchos pasajes en mi historia del Conde-Duque de Olivares, llamé en 1846 la atención de los literatos sobre la décima contra Aliaga que empieza

*Sancho Panza, confesor
del ya difunto monarca.*

Si alguno quiso decir después que sabía lo que siempre ignoró y lo que recientemente había confesado por cierto ignorar, discúlpeme sus muchos años y su desgraciada y caprichosa condicion; y no digo más. El no sabía otra cosa que lo que leyó en Pellicer acerca de este asunto. Los que prestaron fé á sus palabras no abriguen en ello la menor duda, fueron engañados.

Ahora bien: sacadas del mismo texto de Cer-

vántes como las he sacado por primera vez todas las alusiones que parecen dirigirse á Aliaga, pregunto á los impugnadores de esta idea: ¿De qué persona se encuentran tales repetidos, y tan inequívocos indicios? De ninguna. Cervántes no era hombre con sus pasmoso y agudísimo ingenio para dejar las alusiones de Avellaneda sin algun concepto que de algun modo con lástima del amor propio del autor del falso *Quijote*, diese á entender algo por donde se viniera en conocimiento de quien era, á pesar del poderío de su adversario.—«Todo se puede decir: todo es permitido: pero conviene ver como se dice» dejó escrito un satírico poeta italiano de este siglo.

Eso aconteció á Cervántes. Por eso, en tanto que no haya otras pruebas ó indubitables ó de induccion mas vehementes que la alegadas; fray Luis de Aliaga será tenido por el verdadero autor del *Quijote* conocido por de Avellaneda.

ADOLFO DE CASTRO.

Cádiz.

LA PROFECIA.

CUENTO

III.

La noche habia cerrado por completo, pero una brillante y diáfana luna iluminaba con su plateada luz el jardinito de María, prestándole esa poesía, ese encanto, ese no sé qué con que la noche rodea á la tierra. Las flores, el murmurio de arroyuelo que cruzaba el jardin, la perfumada brisa del valle, el silencio, la soledad, todo esto que hace latir un corazon enamorado y lleno de sentimiento, embellecia de tal modo aquel pequeño paraíso, que los dos seres que á la sazón se hallaban en él, callaban, sin duda por no turbar aquella plácida calma, aquel misterioso silencio que tantas ideas, tanto amor y encanto tan grande, tenia para ellos.

Por fin María no pudo más, y exhalando un tierno suspiro, dijo á su esposo:

—¿Estás tristes, Antonio mio?

—No; ya te lo he dicho.

—¡Dios mio! ¿Estás malo? ¿Te duele algo?

—Tampoco.

—¿Pues qué tienes? ¡No estás como otros días! A tí por fuerza te ha sucedido algo. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Acaso ya no soy digna de compartir contigo tu cariño, tristezas y alegrías?

—Sí, María, sí: tú eres digna de eso y mucho más; eres un ángel que Dios me ha dado por compañera para que con su amor embellezca mi existencia; pero... déjame, déjame.

—¡Me rechazas!... ¡Deseas que me aparte de tu lado!...

Pronunció María con tal sentimiento estas palabras, que Antonio, tomándola una mano, y rodeando con su brazo el esbelto talle de su esposa, imprimió en sus lábios rojos un casto y amante beso, y la dijo:

—No, vida mia; no te entristezcas. Perdóname si he podido faltarte ó ofenderte. Bien sabes que hoy es el primer día que desde que nos casamos me he mostrado indiferente contigo.

—Eso es: hoy, que precisamente queria yo parecerte más bella que nunca, y que deseaba verte más loco de amor y de ilusiones por mí.

—¿Por qué?

—Por... porque sí.

Como vemos, María queria y no queria decir á Antonio su secreto; por eso, y para disimular su emocion, le dió un beso diciéndole:

—¿Y por qué estás así?

—Realmente por nada, contestó Antonio. Mira, voy á ser franco contigo. Ya has visto que hoy he regresado más tarde, y eso que pude haberlo hecho más pronto, pues antes de ponerse el sol ya habia terminado mi tarea: pero me dió la ocurrencia de venirme por el camino de arriba, y al pasar por el barranco vi á Juan que estaba arreglando su huerta.

—¡Hola, Juan! ¿Cómo va? le dije.

—Bien: ¿y tú? me respondió.

—Bueno: ¿y Rosa?

—Ya está convaleciente.

—Pues qué, ¿ha estado mala?

¡Qué! ¿no lo sabes? me dijo dejando la labor.

—No: como vivimos fuera del pueblo;

como no vamos á él más que los días de fiesta; como el camino de mis piezas está al otro lado, y en fin, chico, como no sé separarme de María, no teniendo que trabajar, no he sabido nada, ni ella tampoco, pues nada me ha dicho. Pero, ¿qué ha tenido?

—Te lo diré, respondió Juan. Mira, ya que vas por el pueblo, y toda vez que el sol se ha puesto, me voy contigo, y por el camino, aunque es corto, hablaremos.

Juan se echó la azada al hombro, liamos un cigarro y seguimos andando.

—¡Soy el hombre más feliz del mundo! exclamó de pronto.

—¡Hombre! ¿cómo es eso teniendo á Rosa mala y queriéndola tanto? le repliqué.

Pues precisamente porque ha estado enferma y porque la quiero soy feliz.

—¡No lo comprendo!

—¿De veras?

—Como soy Antonio.

—¡Hombre, y qué tonto eres! Rosa ha estado enferma de...

Cuando iba á saber la enfermedad de Rosa llegamos á su casa, y como en la puerta había gente no pudo concluir. Se empenó en que subiera, y pareciéndome mal no hacerlo, no fuera á interpretarlo en mal sentido, subí la escalera detrás de él, mientras Juan rebotando alegría cantaba:

«Duérmete, niño, duerme,
que viene el coco,
y se lleva los niños
que duermen poco.»

—Te confieso ingenuamente, María, que hasta entonces no supe explicarme las palabras de Juan.

—Yo si la había adivinado. Y ahora que ya se la causa de tu mal humor, de tu silencio, de... Eso es envidia y Dios debía castigarte.

—Tienes razón; pero...

—No hay pero que valga, y en castigo de lo que has hecho conmigo esta tarde, y de la envidia que has abrigado en tu corazón, no te doy una sorpresa que te tenía preparada.

—Vamos no seas reconcorosa; perdóname y dime...

No concluyó la frase; porque María selló su boca con un beso.

—¡Ah, tunantuelo! siempre te has de salir con la tuya.

—¿Me lo vas á decir?

—¿No recuerdas que te he dicho que hoy deseaba parecerte más hermosa?

—Sí, ¿pero que tiene que ver?

—Ten paciencia. ¿Ves esta rosa? pues quiero la conserves toda la vida.

—¿Esa es la sorpresa? dijo con disgusto Antonio.

—No. Quiero que la conserves como recuerdo de hoy.

—¿Pues hoy que es?

—Un día como otro cualquiera; pero...

María echó los brazos al cuello de Antonio, le estrechó contra su enamorado corazón, y le dijo al oído... no se qué; no pude oírlo, y eso que soy como los tísicos; pero cosa muy halagüeña debió ser cuando Antonio la cogió en sus brazos, la sentó en sus rodillas, dióla mil besos loco de amor y de ilusiones, y entre suspiros, lágrimas y sonrisas de felicidad y alegría, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! ya soy feliz. Ya veo cumplidos todos mis deseos y realizadas mis más bellas ilusiones.

Desde aquel momento no volvió Antonio á estar triste ni pensativo, ni su corazón envidió nada, y cuando iba ó venía del trabajo cantaba con amoroso acento:

«Dicen existe en la tierra
hace tiempo el paraíso,
y yo digo que los padres
suelen hallarle en sus hijos.»

Algunos meses después de esta escena, siempre que Antonio regresaba á su casa, se sonreía al entrar, y loco de júbilo y con el corazón palpitante subía la escalera cantando como Juan:

«Duérmete, niño, duerme,
que viene el coco,
y se lleva los niños
que duermen poco.»

María solía esperarle en lo alto de la escalera más feliz y contenta que antes, y dándole un abrazo y un beso, le decía:

—Calla, indino; no metas tanto ruido, que duerme.

Antonio suspendía el canto, abrazaba á su mujer, entraba en la salita, que por lo limpia y arreglada parecia un oratorio, y allí se pasaba horas enteras sentado junto á una cuna, sin apartar los ojos de un ángel que dormía en ella el sueño de la inocencia. ¡Buenas ganas se le pasaban de dar un millon de besos á aquel sér adorado; pero reprimía sus deseos por no despertar á su hijo.

También es fama que se pasaba las horas con el niño en brazos, y que se le oía á más de los dos cantares dichos, entonar el siguiente:

«Duérmete niño hermoso,
duérmete niño,
cuando venga tu madre,
ya estás dormido.»

Si entonces María estaba en la cocina, al oír este cantar se sonreía, dejaba por un momento sus ocupaciones, corría á la sala y decía á su marido:

—¡Eres un diablillo! ¡Qué buena mañanitas! En cuanto esté dormido échale en la cuna y ven á comer.

—Eso es, respondía Antonio, dando un beso á su hijo, lo voy á dejar aquí solo. ¡Pobrecillo! Lo llevaré y comeremos.

—¡Qué padrazo eres!

—Mejor.

—Ea, pues, ven.

Estas escenas se repetían todos los días y á todas horas, más como por lo general siempre eran iguales, no reproduzco otras muchas que he presenciado (oculto por supuesto), para que mi presencia no les quitara un ápice de libertad.

Dirás, numen de mi cuento, que cómo sin ser visto, he presenciado estas escenas íntimas de dos esposos tan felices como María y Antonio. Es muy sencilla la explicación. Cuando concluía de escribir esto, recibo una carta suya en que me dice soy el diablo mismo, aunque no tan feo como él; pues bien, siendo el diablo nada tiene de particular me vuelva invisible para presenciar, sin ser visto, escenas como las anteriores.

No podía explicarte mi presencia en casa de Antonio y María sin que ellos me vieran,

y tú me has sacado con tu carta del apuro. ¿Estás satisfecho de mi explicación?... Pues volvamos al cuento y dispensa el paréntesis.

EDUARDO FUENTES MALLAFRÉ

(Se continuará.)

CARTA DE DON QUIJOTE.

CORREO INTERIOR DE MADRID, SETIEMBRE 1875.

Sr. Director de la Revista literaria CERVANTES.

Muy señor mío y distinguido director: Bastante conocida es esta máxima que someto al buen entender de su criterio, de que el hombre prudente bien toma el consejo que ha de seguir ó el que ha de menester.

Es, pues, el caso, que figurando yo entre los de aquella clase, hoy tomo por cuenta y saldo el que me han proporcionado algunos amigos de los muchos que me aprecian y consideran, así como igualmente apunto y desecho lo que los indiferentes me indican en menosprecio de nuestros afanes.

En hora mala para mí, si cabiloso no ando hace algunos días leyendo cuanto en su periódico publica, y preguntando á cuantos conozco de los hoy reputados literatos que con su amistad aumentan mi fama, y á los que no conozco, qué opinión hanse formado dél, con principal de la redacción de las cartas de *Sancho* y de las de este su fiel servidor y amigo.

Mas como las opiniones son hijas de los sentimientos de los hombres, todos vanos y caprichosos, á decir verdad son tantas las ideas concebidas, los juicios formados, las interpretaciones enunciadas y los disparates acumulados, como asimismo las críticas propaladas, que yo ya desespero de sacar algo en claro de lo que en tanta confusión se engendra y desarrolla.

Unos, y no los ménos, dicen que ni las cartas de *Sancho* ni las mías son originales y que cuantos hoy viven en el mundo

por bajo y ruin entendimiento que tuvieren, creerán de manera alguna en nuestras figuradas existencias.

Los más estudiosos, que el estilo de las de Sancho es afectado aunque semejante ó parecido al del autor del *escudero manchego*, y que el de las del caballero Quixada revela á primera vista por su artificio, estudio é intimidad de continuo trato con el *afincado hidalgo*.

Otros creen y encuentro en la mayor parte abundamiento con este modo de pensar, que *Sancho* debe seguir distrayendo con sus chistosos razonamientos á los aficionados lectores de su *Revista*, si bien con la inspeccion y acuerdo de su amo y señor *D. Quijote*, que ha de haber alguna benevolencia con su criado, porque si bien en anteriores tiempos, solo estaba reservado á ciertas gentes el conocimiento de las letras, hoy cualquier persona por humilde que Dios la tenga, alcanza los rudimentos de la escritura.

Aquellos más orientados, dicen que deben aparecer en su periódico las dos figuras del inmortal libro del insigne *manco*, aficionando con su novedad y propio argumento á la lectura de sus ingeniosas obras, resucitando de este modo el amor de aquel género de literatura.

Estotros califican de simpleza punible y grande tontería... (y váleme Dios cuán necios figuran) el publicar escritos que no fueron tambien á otros sus secuaces... que es muy trillado, andado y reandado ese terreno y que es fácil en tierra movediza que se hundan los piés y se atasque la voluntad.

... Tanto pensar, tanto decir, tanto razonar, argüir, interpretar, corregir y criticar en tropel y á troche y moche, me tiene ya algo mohino y premioso que á no ser por el respeto á las personas de vuestras dignas señorías, al CERVANTES y al punto noble que caminamos á despecho de muchos, diera al traste con mis intenciones, en vista de las pocas razones que con grande sinrazon nos motejan de simples y ton-tos...

¡Ah, por pecador que fui yo á Dios!! Que

no me tendrían ni ataran las iras de mi justo enojo!!!

Yo les enseñaría á conocer, mal templada mi ánima, que la crítica que pasa los límites de la buena reprension sienta más bien sobre la aspereza del castigo, que sobre la blandura de la benovolencia.

¡Ah! trahilla de mentecatos envidiosos que sin tener conocimiento del pecado ni del yerro cometido, llaman al pecador sin más ni más simple y tonto.

¿Pues qué simpleza ni tontería han visto en el propósito de nuestras intenciones, ni en los de la *REVISTA* que publica el señor Casenave, de levantar un monumento á el más conocido escritor y al más popular ingenio de las modernas edades para que nos condenen y vituperen, negando hasta la original inspiracion de mis cartas y la de mi escudero y criado?

Así digo y diré y repetiré que son mías las cartas y suyas las de Sancho como la muerte que toda criatura debe á nuestro Señor.

Nosotros y nadie más las concebimos y redactamos y así las conocemos como de haberlas parido...

¿Por ventura es tiempo mal invertido ó asunto vano como los muchos añaden, el que se gasta en generalizar la idea del monumento á quien tanta gloria y honor dió al suelo de su nacimiento, con envidia de ignorantes y admiracion de sábios? Quien tal contradiga, yo digo, que falta á los principios de buena razon y aseguro que miente si es persona que se creyese ilustrada y sí de baja y de poco magin, que remiente mil veces!!

¿Ni qué mucho que esto piensen en menoscabo de nuestro justo deseo los indiferentes? De sentir seria que tal concepto formaran de nosotros los escritores reputados, los ingenios esclarecidos y los hombres experimentados;... pero que nos motejen los críticos de *café*, los que jamás conocieron las reglas del buen gusto ni lo magnífico de las ideas, impórtame, señor director, un camino, y ménos que un árdirite creo que importará á la redaccion de CERVANTES el juicio de esos follones, porque bue-

no el pensamiento es y será, y bueno ha de llevarse á efecto si place al Todopoderoso.

M s intenciones como la de vuestra señoría van enderazadas á buen fin y á la postre han de llegar á buen punto, y el que esto entiende, el que esto obra y el que esto ejecuta, nunca merecerá el calificativo de tonto ni de pretencioso.

Así volviendo al párrafo primero de esta mi carta, tomo el consejo de los buenos apartando de mí la hipocresía engañosa de los malos, y haciéndole presente señor director, que desde luego no me opongo, antes bien me da contentamiento en que Sancho prosiga la continuacion de sus pláticas en la vuestra ilustrada REVISTA.

De hacerlo quedo satisfecho en beneplácito de los que tal me aconsejan, pues quien mucho ama sus errores no es fácil que venga en conocimiento de sus yerros y yo creo como creería vuestra señoría, que los consejos proporcionados por hombres de mérito, son otros tantos rayos luminosos que se esparcen á medida que uno los pone en práctica, que así como la naturaleza reparte sus beneficios con económica liberalidad, los humanos séres están obligados á usar de la misma sabiduría.

Concluiré, pues, diciendo, magnífico caballero, que no debe pesarnos nuestro proceder si se atiende á que los beneficios que se dispensan á nuestros semejantes, son un tesoro que crece á medida que se reparte y prodiga.

Así ¡oh! señor director no mudemos de opinion, y cuanto toquemos parte de lo que promete su pensamiento, verá sin duda, cómo habrá ganado un pan por ciento para el indicado *pedestal* que tanto hace á la condicion de su periódico y á la conciencia de sus redactores.

B. L. M. á vuestra señoría su S. S.

El caballero de la Triste Figura,

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

DE MADRID A JERUSALEN. (1)

ALBUM DE UN VIAJE.

MARSELLA 26 DE SETIEMBRE DE 1875.

Señores Director y Redactores de la Revista titulada CERVANTES.

I.

Mis queridos compañeros:
pocas, poquísimas horas
hace que vivo apartado
de las playas españolas,
y son también, por desgracia,
las que me faltan, muy pocas,
para volver á surcar
las mediterráneas ondas.
Aprovecho con placer
esta mi parada corta,
para cumplir la promesa
de dar cuenta minuciosa
de todo cuanto me ocurra,
con mis impresiones todas.
Comienzo, pues. Ha seis días
que humeante locomotora
dando silbidos rodaba
sobre férreas guías
alejando de Madrid
á multitud de personas
que ven nuevos horizontes,
pueblos y llanos y lomas.
Después de hacer mil paradas,
unas breves, largas otras,
á Santander arribamos
y encaminéme á la fonda
para dar á mis molidos
huesos, reposo unas horas.
Con la del alba salí
hacia las playas hermosas,
y recorrí la ciudad,
y del arte ví sus obras.
Todo es magnífico, sí;
pero aun mi pecho destroza,
el recuerdo de lo que
presenció mi vista atónita.
Aquí, desválidos, huérfanos,
que la caridad imploran;
allá, veteranos rígidos
que en el campo de la gloria

(1) La siguiente composicion es la primera con que nos ha honrado nuestro querido compañero el Sr. Malvar, que como ya saben nuestros lectores, ha salido para Jerusalem.

sellaron su bizarría;
 más allá, gritan y lloran,
 séres á quienes ayer
 la fortuna caprichosa
 sonrió, y hoy los abruma
 y con sus penas ahoga.
 ¡La guerra! terrible azote
 que á enteros pueblos destroza,
 y solo el luto y el llanto
 y la miseria atesora:
 donde el hermano al hermano
 sediento de sangre inmola,
 y donde el hijo á su padre
 ni conoce ni perdona.
 ¡Guerra, locura, delirio!
 que á las naciones trastorna
 y al hombre convierte en fiera
 y hasta su origen deshonra.

Declinaba ya la tarde:
 sonó de partir la hora,
 y pronto llegué al bajel
 que no lejos de la costa
 meciéndose blandamente
 sobre las rizadas olas,
 encendidas las calderas
 y preparadas las lonas,
 iba rápido á alejarnos
 de las aguas españolas.
 Sucedió así y á las cuatro
 mirando desde la popa
 dí un adiós á aquellas playas
 tan queridas, tan hermosas,
 para continuar vogando,
 en las cantábricas ondas,
 siempre rebeldes, y siempre
 agitadas y espumosas,
 hasta que el cielo francés
 nos cubrió bajo sus sombras.
 Despues de haber descansado
 un breve rato en Bayona,
 atravesé puebllos, villas
 y ciudades populosas,
 y llegué sin novedad,
 que no es hoy fortuna poca,
 á Marsella, en donde escribo
 fatigado, pues no soplan
 aquellas lindas hermanas
 del Parnaso móradoras,
 ingratas como mujeres,
 como bellas caprichosas.
 A la deícida ciudad
 que cerca del Jordan mora,
 dirigiré pronto el rumbo
 cruzando las espumosas

aguas del Mediterráneo.
 En desarregladas coplas
 de todo cuanto me ocurra
 iré dando cuenta pronta.
 Si toca el buque en Italia,
 os hablaré de sus costas,
 de los puertos en que baje,
 de los puntos que recorra,
 y de los sitios del Africa,
 si el buque en alguno toca.
 Nada de Marsella os digo,
 porque he llegado hace horas,
 y aun no he visto sus mujeres
 ni sus artísticas obras,
 ni sus soberbios palacios,
 ni sus calles espaciosas,
 ni sus inmensos jardines,
 ni el recuerdo de sus glorias.
 Si estas líneas no os agradan
 y son insulsas y tontas,
 dispensad, amigos míos,
 perdonad, bellas lectoras,

EDUARDO MALVAR.

DOS TRAICIONES.

Quando de mi bien ausente
 me tenia hado inclemente,
 calmaba mi dolor fiero
 una paloma inocente,
 que era de amor mensajero.

Por fin un dia llegó
 en que más impío el hado
 hasta ese bien me robó.
 ¡La paloma no volvió!
 ¡Ella, me habia olvidado!

JULIO MONREAL.

CERVANTES

REVISTA LITERARIA

ECO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES.

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid..... 3 pesetas trimestre.
 Provincias. 3'75 id. id.
 Ultramar... 2 pesos 40 centavos, se-
 mestre.
 Extranjero. 12 pesetas 40 cénts. id.

Dirección: —Calle del Lazo, núm. 4. pral.
 Administración: —Plaza de Matute, n.º 2.

POR QUIRÓS, IMPRESOR.—ABADES, 10.